Las desventuras de Sibilla

Cecilia Bertolucci

Capítulo 1

I

***

Como siempre cuando estaba ella al lado, nadie notaba mi existencia. Yo me iba encogiendo hasta transformarme en algo minúsculo, insignificante, como la última galletita húmeda que queda en un paquete y todos evitan. Sus bucles rubios parecían dibujados. En cambio, mis cabellos eran insípidos, característica que compartían con el resto de todo mi aspecto. Pero el inicio de mi frustración apareció como un tsunami cuando comprendí que estaba muy lejos de ser perfecta. Y eso fue en cuarto grado cuando la profesora de dibujo tomó de modelo las facciones de Rosita para explicarnos los conceptos de armonía, belleza y equilibrio, dejándonos al resto boquiabiertas. Expresión que duró hasta que afortunadamente la campana sonó permitiéndonos escapar de la vergüenza y el escarnio.
Mientras mi amiga lánguidamente se desplazaba como una gacela por la vida, yo rebotaba cual pelota de goma a un ritmo desacompasado. Era un fideo desgarbado que siempre parecía querer huir de convertirse en un spaghetti al pesto. Mi cara se veía como un mapa físico. Montañas de granos y puntos negros que a veces entraban en erupción como un volcán cuando me los apretaba. Y para coronar tal retrato, ahí estaba la protagonista, mi protuberante nariz, igualita a la de mi padre, pero triplicada y muy parecida por su inclinación a la torre de Pisa. Esa era la deplorable imagen que yo tenía de mí a los trece años. En aquella ocasión la fotografía se completaba con el absurdo uniforme que las Hermanas Clarisas seguramente habían diseñado en uno de esos días y actuando como el perro del hortelano, que ni come, ni comer deja. Por lo tanto parecíamos salidas de un convento del medioevo. Mis piernas se veían como dos escarbadientes enfundados en las medias que terminaban en el infinito. Sin embargo el broche de oro era la ancha bincha que exponía mi rostro innecesariamente. Pero lo que a mí me mostraba como una atracción de circo, a ella la hacía ver como Audry Hepburn en Sabrina. Aquel día estábamos en la plaza de Novellara cuando salió de la misa de 10 el chico más lindo del pueblo, Guiseppe. Rosita ni lo miró, pero dijo las tres palabras que arruinarían mi vida para siempre...

Capítulo 2

II

***

-Es muy lindo!
¡Cómo podía ser que ella creyera eso si ni siquiera lo había mirado! Sentí como si una granada explotara sobre mi cabeza y me aplastara dejándome pisoteada como una cucaracha. La mínima esperanza que pudiera haber tenido expiraba. Intenté recuperarme y no perder la compostura.Todo debía seguir igual sin que ella sospechara mis sentimientos.
-Me invitó al baile que organiza la parroquia y le dije que sí- esgrimió segura Rosita.
-Ah -agregó como al descuido- y como me pidió que invitara a una amiga para acompañar a su amigo, le dije que vos venías.
Sus palabras sonaron imperativas. No me atraía la idea de que mi cara de tonta deslumbrada por Guiseppe fuera descubierta. No obstante no sé por qué a ella nunca podía decirle que no.
Así que frente a mi desprestigiado ropero intenté ver qué podía ponerme. Mi madre insistía con los vestidos llenos de volados y broderie que habían pasado de moda desde que mi hermana Gianna, que ya tenía veinte años, los había usado. Pero lo único que heredé de ella fueron sus vestidos, no su suerte con los chicos. Formaba parte de mi vestuario una pollera descolorida y un conjunto blanco que era para las ocasiones litúrgicas especiales, y no era el caso. Así que le dije a Rosita que no la podría acompañar ya que no tenía un vestido digno de semejante evento. Ella como hace una excelente amiga, me prestó uno en el que yo desaparecía.

-Mamá le da unas puntadas y te queda pintado.
¿Por qué le habré hecho caso?, me veía insulsa al lado de su cariz natural. Otra decisión más de la cual arrepentirme. Inmediatamente ella, haciendo uso del poder que tenía para cautivar al prójimo, me dijo:
-Amiga, parecés salida de un cuento.
Y tenía razón, yo era igual al patito feo. Pero todavía lo peor estaba por ocurrir….

49
PANETTERIA
100
AVE MARIA
1898

Capítulo 3

III

***

Mientras yo luchaba procurando que los hombros de mi vestido no me quedaran de pulsera, Rosita se movía garbosa entre los asistentes al baile. La orquesta del pueblo hacía sonar una canzonetta italiana. Entre la gente, vimos caminar a Guiseppe hacia nosotras y para mi espanto Bruno Rovatto venía detrás de él. Era el chico menos guapo del pueblo. Usaba unos lentes redondos de vidrio verde, tenía el cabello negro, que siempre parecía engrasado, y los pantalones que le quedaban cortos de tiro. Sin embargo teníamos algo en común, la infinidad de granos que la pubertad era capaz de poner de manifiesto en nuestros rostros adolescentes. Entonces, Guiseppe muy entusiasmado sacó a bailar a mi amiga mientras Bruno extendía su mano hacia mi persona en señal de que fuéramos a la pista. Lo seguí hasta que estuvimos en el centro y me hizo dar vueltas como calesita al ritmo de la música, tanta fue mi mala suerte que en el frenesí del giro me trastabillé, me torcí un pie y caí al suelo rompiéndome el zapato. Como impulsada por un resorte, me paré lo más rápido que pude. Sentí que todos me miraban al tiempo que crecía mi dolor y mi bronca. Así que, intentando que no se notara mi renguera, me escapé como una laucha hasta el baño del que no salí hasta casi dos horas después en que apagaron la última luz. Abandoné mi guarida cuando creí que ya no quedaba nadie. En realidad estaba equivocada porque al salir topé directamente con Bruno que me esperaba para acompañarme hasta mi casa. Me saqué el zapato que aún conservaba su taco e iniciamos la caminata. A lo lejos, mientras sus siluetas se iban achicando, vi a Rosita y Guiseppe tomarse las manos y comprendí que Guiseppe, de quien estaba enamorada desde primer grado, no sería para mí. Y, cuando menos lo esperaba, sucedió, Bruno, con la impavidez propia de quien da todo por perdido, hizo la pregunta fatal.

Capítulo 4

IV

***

-¿Querés ser mi novia?
En esta parte de la historia entró en escena, mi hermana Bianca, la del medio, como solemos decirle. Siempre aparecía en los momentos menos oportunos, pero esta vez fue como la última balsa en el naufragio.
Mientras Bruno esperaba mi respuesta, ella abrió la ventana de la casa que daba a la galería y me dijo haciendo uso de la potestad que le daban sus catorce años:
-Dice mamá que entres, que sos chica para estar afuera sola a estas horas en la oscuridad -dejando escapar una risita burlona como al soslayo.
Con muecas indescifrables intenté en vano que se callara. Claramente su intención era hacerme caer en el oprobio y lo logró.
Casi no pude sostenerle la mirada a Bruno y, como en el baile, pensé que lo mejor era huir. Así que por segunda vez esa noche lo abandoné en ese preciso instante y le cerré la puerta literalmente en la cara.
Bianca estalló en un ataque de risa que me arrastró a tirarme en mi cama a llorar hasta que las lágrimas se evaporaron y me quedé profudamente dormida con la ilusión de despertar al día siguiente y que todo hubiera sido un mal sueño. Pero a la hora de la siesta, los tres pasaron a buscarme con sus bicicletas. Me incomodó mirarlos a la cara aunque por distintos motivos. Era una mezcla de vergüenza, enojo y resignación.
Pedaleamos hasta internarnos en el camino que va al arroyo. Al llegar, los tres tiraron sus bicis alegres por la proximidad del agua. Hecho que a mí me pareció un horror, no estaba preparada para un baño. Al unísono se quitaron sus vestimentas y quedaron en ropa interior. Rosita parecía la escultura de una ninfa entre ellos dos que no mostraban ningún complejo de los que yo tenía a granel. Escuché su voz que me decía…

NOVELLARA
DIVIETO DI SOSTA
CON MOTORE ACCESO

Capítulo 5

V

***

-Vení Sibilla, el agua está hermosa -mientras jugaba desenfadada.
-Una refrescada, nada más.
Yo estaba inmovilizada. Sin pensarlo e intentando que todo sucediera rápidamente, me quité el vestido y corrí hasta meterme al agua. Fue divertido. Las gotas nos salpicaban en una especie de guerra de carnaval. Nosotras en vano intentábamos evitar que los chicos nos alcanzaran y nos hundieran como flotas de la batalla naval. Sin embargo la algarabía llegó a su fin cuando Rosita deslizándose como una sirena fuera del agua dijo:
-¡Vamos!
Los chicos la siguieron sin notar que yo quedaba rezagada.
Mi amiga se sentó al sol en una piedra esperando a secarse naturalmente.

Yo emergí intentando tapar mi anatomía, que por el efecto que el agua había provocado en la enagua haciéndola trasnsparente, quedaba completamente al descubierto. Ellos parecieron no reparar en mí. La imagen que les ofrecía Rosita era muy atrayente e hipnótica. Como pude me puse encima la ropa sobre el cuerpo mojado y con la incomodidad del caso emprendimos el regreso. En aquellos años me veía como la antítesis de mi amiga y le adjudicaba mis padecimientos a su desparpajo que la hacía tan seductora. Ella era como una hechicera que nos encantaba a todos con su sola presencia. Hoy a la distancia comprendo que yo la magnificaba, la hacía más grande a medida que me encogía a su lado al punto de sentirme invisible. Sin embargo, extraño tenerla cerca, creo que ya podría reírme con ella de mis traumas de juventud.